

CARTA 3 Sobre algunas potencialidades también existentes en nuestra cultura académica: La fortaleza crítica debe transformarse en autocrítica

Es decisivo analizar y criticar la cultura de la academia latinoamericana para transformarla, pero a la vez debe entenderse que dicha reforma debe afirmarse en la capitalización de numerosos elementos que se encuentran en esta misma cultura. Existen en la cultura académica de nuestra región, trazos opuestos al facilismo y a la mediocridad, en tensión con éstos, y que deben potenciarse simultáneamente con la adopción de medidas técnicas, jurídicas y con los aumentos de presupuesto para ciencia y tecnología.

Lo primero que se debe realzar es el gran y creciente interés, en las últimas décadas por acceder a la formación universitaria y a la formación continua, no sólo en personas jóvenes sino también algo mayores. No pienso que se trate únicamente de un desinteresado amor al saber. Por cierto, la educación y la cultura se reconocen asociadas al aumento de los ingresos y al prestigio social. Pero allí mismo es donde reside lo importante: capital económico y social se conciben ya no ligados la cantidad de cabezas de ganado flaco, al tipo étnico o a los apellidos de la familia sino al conocimiento y a la universidad, es decir a algo que tiene que ver con la calidad.

Lo segundo es el progresivo proceso de evaluación y acreditación a que están siendo sometidos académicos e instituciones. Ello favorece la transparencia y exige el mejoramiento sistemático de la calidad.

Lo tercero es la creación y el crecimiento de redes de intelectuales, sociedades científicas y consorcios universitarios, que trascienden el provincianismo del estado-nación para constituirse regional o globalmente. América Latina, luego que ha salido del túnel de las dictaduras, hace un par de décadas, ha dado pasos importantes en esta dirección.

Es decir, calidad, transparencia, encuentro y organización de intelectuales son elementos que favorecen la reproducción virtuosa de un círculo al que debe darse energía para que se haga espiral. Quizás esto explique en parte el hecho que las publicaciones indexadas crecieron últimamente a un ritmo mayor que la economía, aunque todavía insuficiente.

Quiero transmitirles algo que ha ocurrido en Chile desde mediados de los 1980s. Como en tantos otros lugares, se ha disparado el interés por la educación universitaria y superior, ahora deseada por todas las capas de la población y entendida en buena parte como una inversión. En Chile la educación universitaria es muy cara en relación al nivel de vida, lo que significa sacrificar tiempo para estudiar y tiempo para ganarse el dinero para estudiar. Por cierto, ello otorga a esta educación un prestigio muy alto. Pero lo que me interesa señalar es que éste es un proceso articulado con otros: que en las dos últimas décadas la mitad o dos tercios de la población que era pobre o miserable ha dejado de serlo, que cada vez se valoriza y se respeta más la democracia, que crece la capacidad exportadora del país, que la salud de la población continúa mejorando, lo que ha hecho llegar nuestra expectativa de vida casi a los 80 años, y que la producción científica ha crecido, siendo el país con mayor cantidad de publicaciones indexadas per capita de América Latina. Debe recordarse, sin embargo, que lamentablemente la producción tecnológica es bajísima, las patentes obtenidas son casi inexistentes y ha sido imposible crecer sostenidamente en la exportación de bienes con valor tecnológico agregado, estando por debajo en los porcentajes de Argentina, Brasil y México.

Esto que les cuento de Chile pretende recordarles lo obvio: así como los países, las instituciones y las personas pierden el respeto por sí mismas, se abaratan y decaen, olvidando la importancia de la calidad y la honestidad, así también existen modificaciones en trazos culturales que son positivos, que van repercutiendo de unos niveles a otros. El respeto por la calidad y la honestidad se expresa en todas las dimensiones de la vida: en lo que comemos y en lo que damos de comer a nuestros hijos, en lo que consumimos como información y educación y en aquello que queremos para nuestros hijos, en el nivel que esperamos de los servicios de salud y en la política, en los productos electrónicos que compramos, en el servicio burocrático que demandamos y en el sistema de justicia que esperamos de nuestros países.

* * *

Por otra parte, existe algo más amplio: la capacidad crítica de la intelectualidad latinoamericana. Nuestra larga educación en un pensamiento crítico debe ser superada y realizada dialécticamente hacia la formulación de una autocrítica que nos permita, consecuentemente, superarnos dialécticamente como sociedades y culturas. Para los periféricos, sin embargo, esto no deja de ser problemático. Puesto que el centro frecuentemente nos ha descalificado como seres infrahumanos, como homúnculos incapaces, salvajes a medio camino, entre otras cosas, muchas personas en la periferia quieren inflarse artificialmente para no darle la razón al discurso central. Pero les ocurre como a la rana de la fábula. Temen la autocrítica, pues sería darle argumentos al neocolonialista. Creo que es fundamental sacarse ese

peso de encima y dejar de mirarse o de pensarse con los ojos o el paradigma del centro. No hay nada que de más la razón a quien nos descalifica como culturas que hacer las cosas mal y sin vergüenza.

Debe potenciarse nuestra capacidad crítica transformándola en capacidad autocrítica. En ningún caso afirmar que esta pobreza es buena porque es nuestra, que la miseria es parte de nuestra identidad, que la corrupción es la manera como se redistribuye la riqueza en América Latina o que nuestros males son nuestros y que por ello son aceptables o deseables. Crítica, autocrítica y sentido común. Me preguntan por el sentido común y no se lo que es, pero con una breve narración, parecida a la de la rana, les diré lo que no es. La fábula de la “intelectual subordinada” muestra el ejemplo máximo de la falta de sentido común. Quizás es más fácil mostrar lo que no es el sentido común. La “intelectual subordinada” es aquella que abandonó su trabajo para no sufrir explotaciones ni humillaciones, que renunció a los hombres para no ser oprimida por éstos, aquella que se encerró para no tener que contemplar por la calle la basura masculina, aquella que taponeó sus oídos para no tener que escuchar el ruido del mundo, aquella que dejó de comer para evitar que llegaran a su estomago productos artificiales o transgénicos, aquella que finalmente decidió no respirar asfixiándose, en un acto del más estúpido heroísmo, para no tener que inhalar un aire contaminado, que con los años terminaría por envenenar sus pulmones.

Es importante preguntarse, ojalá con sentido común, como podemos darle mas valor agregado a estas capacidades existentes en nuestra cultura académica y cultura en general para mejorar a Latinoamérica. Nuestra intelectualidad cuenta con un acervo de fortalezas, especialmente si la comparamos con otros agentes sociales. Deben destacarse: la capacidad de autocrítica, la de circulación, la de dialogo, la de concertación con algunos otros agentes y particularmente la capacidad de imaginar mundos mejores; el manejo de idiomas y lenguajes variados, el de la información y de las miradas de conjunto; una aspiración, es cierto a veces traicionada, hacia la calidad y un menor compromiso, que otros sectores sociales, con la deshonestidad y los atentados contra los derechos humanos. Estos elementos, entre muchos otros, deben ser considerados y potenciados.